

LA TELARAÑA Y EL MAPA

La caravana que incluía hombres, mujeres y niños de distintas edades, partió un siete de julio para recorrer en el tiempo que fuera un rumbo tal vez prefijado. Anduvieron ciento sesenta y nueve días, tras los cuales habían descrito sobre diversas formas geográficas los trazos de un itinerario que se parecía remotamente al mapa de España. Es decir, describieron con sus andaduras una línea con la que perfectamente podía levantarse un mapa o algo parecido a la forma de una mano abierta. No sabemos bien qué sentimientos guiaban a los viajeros, o si ellos los conocían con claridad. Sabemos que nunca se detuvieron en la caprichosa marcha, según lo demuestran los trazos continuos de su recorrido. ¿Qué les empujaba a no pararse? ¿Acaso se turnaban en el mantenimiento de la caravana?

En el día ciento sesenta y nueve habían vuelto al punto de partida (el número descompuesto resulta $1+6+9=16$, y luego $1+6=7$). Habían terminado de trazar una línea

que se cerraba, después de dibujar contingentes formas sobre sí misma. Conformaba un mapa o algo parecido a la piel extendida de un mamífero. Desde el punto de salida y llegada un nuevo grupo inició otra marcha por el interior del mapa. Los restantes marcharon también en caravana hacia fuera.

El grupo que iba por dentro a poco de andar se dividió en varios subgrupos y al final, avanzando cada uno en su camino, describieron algo parecido a las líneas de una mano.

Creyeron, o soñaron, que buscaban un centro y alguna vez les palpitó que estaban muy cerca, a punto de tocarlo. En ese centro podía haber una montaña, un árbol, quizás una mujer sagrada. No se pusieron de acuerdo en qué habría, aunque cada una de las representaciones tuvo muchos adeptos.

El grupo que marchó por fuera del mapa, se mantuvo unido; y también describió una senda caprichosa. Las informaciones sobre su andadura nos avisan que fueron muy lejos. Anduvieron unos cuarenta mil kilómetros o los equivalentes a la redondez de la tierra, con retenciones y paradas para instalar colonias, en un tiempo que se cuenta por miles de años. (Por mera necesidad biológica ya no eran los mismos que habían partido del punto inicial, sino sus diversos descendientes que, a fuerza de escuchar y transmitir el relato de la primera caravana, alguna vez soñaron que se encontraban con los trazos del

recorrido aquel que se parecía a un mapa. Al fin, estos ya no pretendían dar con un centro particular, como otros viajeros, sino que buscaban las líneas equivalentes a ese mapa que era, a la vez, el centro buscado por otros).

Es muy probable que las distintas caravanas, en sucesivos y superpuestos tiempos, se hayan cruzado. Mejor dicho, se cruzaron entre sí y se dieron a contar y contar lo que quedaba de un vago relato que había ido pasando de generación en generación con inevitables modificaciones. Hay ecos del mismo en las leyendas sumerias de Gilgamesh, en el Popol Vuh, en la Biblia, en el Ramayana y en memorias antiguas de otros pueblos. Más tarde Platón incluyó este tema en el Timeo, aunque su narración adolece de las innecesarias precisiones que llevan los textos elaborados por un creador individual.

Es previsible que fueran múltiples los cruzamientos porque las líneas del primer contorno se perdieron u olvidaron, o dejaron de ser (si alguna vez lo fueron) referencias para los que habían emprendido la marcha hacia el interior y el exterior. Así, lo poco que sabemos nos sugiere que las diversísimas marchas que han mezclado a las gentes que fueron hacia dentro y hacia fuera, tejieron una telaraña en la que todo el mundo deambula y no deja de tejer. Desde luego, en el conjunto se incluye aquel primer trazo parecido a un mapa. Y es probable, oh pequeña vanidad, inexorable condena humana, que también contenga este ínfimo texto en su vastísimo contexto.